

cuencia de alegría, pero no, no quise creer que les faltara estos días el báculo de la caridad, viviendo en un pueblo cristiano.

* * *

Interrumpí mis pensamientos al penetrar en la cantina un grupo de camaradas alborotando, con canciones de la tierra. Había olvidado el lugar donde me encontraba, absorbido por la dicha en que estaba soñando. Del grupo, se apartó de pronto uno de mis amigos. Miróme con tristeza, al acercarse sin prisas hasta donde me hallaba. Sorprendile una inquieta mirada dirigida a la mesa, donde las letras del misterioso mensaje, jugueteaban con mi vaso de «vodka». Al instante comprendió que le había robado su secreto. Se sentó, llenó su vaso y con los ojos bajos y voz queda me contó confidencialmente:

Es cierto, muy cierto que fuimos felices. La quería sobre todas las cosas. Mas se rompió el encanto una tarde de los años trágicos, en la que paseando por las afueras de la población con ella, apareció un coche, del que, al detenerse junto a nosotros, descendieron patibularios hombres armados y me detuvieron. No supe más de ella y sí de toda clase de sufrimientos. Recuerdo un día, sobre los demás, con dolor. Era Nochebuena en el calendario y no obstante todo estaba silencioso. Encerrado en oscura y estrecha habitación, sin abrigo y sin comida, demacrado de cuerpo y atribulado el corazón, se rompieron para

mi los últimos hilos, que me unían a un tiempo feliz. Mis carceleros me comunicaron, al filo de la medianoche, para aumentar con su ensañamiento sus efectos, que mi novia me lloraba por muerto y había quien la consolaba...

Desde entonces no la he visto ya más. Sé de ella, empero, que es feliz. Sé que en la iglesia, hace rezar cada año una misa por mí. Pero sé también que su esposo la quiere y ella es feliz, rodeada de una parejita de ángeles.

No sé si nadie podría comprender mi tragedia,—terminó, vaciando su gran vaso de «vodka».

* * *

Desde aquel día fuimos inseparables amigos. Regresamos al frente. Y en unas vigalias navideñas *cayó*. Qui-se conocer su tumba. Mientras su cuerpo descendía a la madre tierra y eran lanzadas al aire unas salvas, dirigí mi mirada a los que allí se habían congregado. Soldados, sólo soldados. Mas no. Una muchacha eslava, cubierta con una mantilla española, estaba llorando a nuestro lado.

¿Olvidó mi amigo sus recuerdos? Nada pude ni quise saber. Junto a la cruz que llevaba su nombre, en el cementerio castrense me llegué la noche de Navidad, con mis amigos. Le cantábamos una canción de la tierra cuando nos interrumpieron unos sollozos. Era la muchacha eslava. Respetamos su tristeza y sigilosamente nos marchamos para no interrumpir aquel tierno coloquio.

